

EL MENSAJE REVELADO

La fe está basada en el testimonio evangélico transmitido por la tradición que constituye el "depósito" confiado al magisterio eclesiástico.

«... la certeza de la Resurrección del Señor ha sido dada, salvo a pocos (si bien no muy pocos; San Pablo habla de «más de quinientos hermanos de una vez», de los cuales la mayoría viven aún, 1 Cor., 15, 6), no por medio de conocimiento sensible y directo, sino por medio de testimonio, es decir, por la fe; fe humana, pero apoyada inmediatamente en otro testimonio interior, la gracia del Espíritu Santo (cfr. Jn., 15, 26-27).

»Pero lo que nos apremia destacar ahora es la función que en el designio del cristianismo adquiere el testimonio, es decir, la transmisión del Evangelio por medio de una enseñanza original y autorizada, sobre la cual la fe encuentra su fundamento. ¿Qué significa testimonio? Es ésta una palabra empleada con frecuencia y henchida de significado, que vale la pena examinar. Testimonio significa, en lo que a nosotros respecta, la afirmación de una verdad; significa la afirmación de la realidad de una cosa o de un hecho, que adquiere certeza por la credibilidad de quien la refiere y por una cierta correspondencia de la palabra, intrínseca a las disposiciones espirituales de quien escucha (cfr. Luc., 24, 32; Rom., 10, 17).

»¿Y cuándo comenzó el testimonio evangélico a ser consciente de su misión? Este comenzó a ser clamoroso, poderoso y potente con Pentecostés; y esto justamente respecto, sobre todo, al hecho real y misterioso de la Resurrección. Jesús, al despedirse de los Discípulos, les había dicho, preanunciando la venida del Espíritu Santo: «Vosotros seréis mis testigos en Jerusalén y en toda la Judea y en Samaria», y después, abriendo los confines hacia todo el mundo: «Y hasta las extremidades de la Tierra» (Hechos, 1, 8). Y, quien medita sobre este nacimiento del cristianismo, ve que los Discípulos, especialmente los escogidos, se convierten en Apóstoles; y los Apóstoles son invadidos por un viento profético para anunciar el acontecimiento sorprendente e innovador: Cristo ha resucitado.

»"Nosotros somos testigos", repetirán los Apóstoles (cfr. Hechos, 2, 32; 3, 15; 5, 32; etc.); de aquí la fe, de aquí la Iglesia.

»Y de aquí una fuente de otras verdades, de las que no puede prescindir la autenticidad de nuestra profesión cristiana. Surge, en primer lugar, el concepto de tradición; concepto que debe ser concretado muy cautamente, si lo queremos tomar en su significado viviente, vinculante y constitutivo de eco fiel de la palabra de Dios anunciada por los Apóstoles, es decir, por los testigos autorizados para transmitirla (cfr. Const. Dei Verbum, núm. 8).

»Con la tradición se funde el sentido histórico y doctrinal de la salvación, es decir, del cumplimiento del designio de Dios en el tiempo. No somos dueños de las intenciones supremas de este designio; debemos reconocerlas y admirarlas a lo largo de los siglos que describen las dos grandes etapas de la historia, el Antiguo y el Nuevo Testamento, y tienen en Cristo el punto focal, separador del antes y del después (cfr. Efes., 1, 10; Gal., 4, 4); y las debemos observar y conservar celosamente en el tumulto de los acontecimientos y en la pluralidad de las situaciones como un tesoro intangible que no se debe perder; es el «depósito» precioso del que San Pablo escribe en dos ocasiones a Timoteo (1 Tim., 6, 20; 2 Tim., 1, 14).

»Y para iluminar este sentido histórico y doctrinal, en lo que concierne a la fecundidad de sabiduría del depósito mismo y a su inagotable aplicación a las condiciones siempre diversas de la humanidad, será necesario un ministerio de auténtica proyección apostólica, que hoy se llama magisterio eclesiástico, al cual está confiado por Cristo la garantía de la verdad y de la unidad para el pueblo de Dios con respecto a la revelación divina (cfr. Luc., 10, 16; Mat., 16, 16; Dei Verbum núm. 10; Lumen gentium num. 12).»

PAULO VI: Allocución en la audiencia general del 12 de abril de 1972 ("O. R.", 13 de abril de 1972; original italiano; traducción de Ecclesia núm. 1.589, del 29 de abril).

La fidelidad al depósito revelado exige que no se silencie ninguna verdad esencial.

«La fidelidad al depósito de la Revelación exige igualmente que no se silencie ninguna verdad esencial de la fe. El pueblo encomendado a nuestro cuidado goza ciertamente del derecho sagrado inalienable de recibir la Palabra de Dios, toda la Palabra de Dios (ib., págs. 99-100).»

PAULO VI: Discurso en la sesión de clausura de la V Asamblea del Sínodo de los Obispos, 29 de octubre de 1977; L'Osservatore Romano, edición semanal en lengua española, año IX, núm. 45 (362), domingo 6 de noviembre de 1977.

Crisis de la verdad religiosa al querer sustituir la verdad objetiva por la subjetiva y falsos caminos de una verdad debilitada.

«Pero hoy la verdad está en crisis. A la verdad objetiva que nos da la posesión cognoscitiva de la realidad se la sustituye por la subjetiva: la experiencia, la conciencia, la libre opinión personal, cuando no la crítica de nuestra capacidad de conocer y de pensar válidamente. La verdad filosófica da paso al agnosticismo, al escepticismo, al «sno-bismo» de la duda sistemática y negativa. Se estudia, se investiga para destruir, no para hallar. Se prefiere el vacío. El Evangelio nos lo advierte: «Los hombres han preferido las tinieblas a la luz» (Jn., 3, 19). Y con la crisis de la verdad filosófica (¡Ahl, ¿dónde ha ido a desvanecerse nuestra sana racionalidad, nuestra filosofía perenne?), la verdad religiosa se ha derrumbado sobre sí misma, no ha sabido sostener ya las grandes y esplendorosas afirmaciones de la ciencia de Dios, de la teología natural y, mucho menos, las de la teología de la revelación: los ojos se han nublado y a continuación se han cegado; y se ha llegado a la osadía de confundir la propia ceguera con la muerte de Dios.

»Por este camino, la verdad cristiana sufre hoy sacudidas y crisis tremendas. Incapaces de soportar la enseñanza del magisterio, puesto por Cristo para defender y difundir lógicamente su doctrina, que es la de Dios (Jn., 7, 12; Lc., 10, 16; Mc., 16, 16), unos buscan una fe fácil a la que vacían, no obstante ser ella la íntegra y verdadera, de aquellas verdades que no parecen aceptables para la mentalidad moderna; y eligen, según su propio talento, una verdad cualquiera considerada admisible (selecte faith); otros buscan una nueva fe, especialmente en lo concerniente a la Iglesia, tratando de adaptarla a las ideas de la sociología moderna y de la historia profana (repitiendo de este modo el error de otros tiempos consistentes en modelar la estructura canónica de la Iglesia de acuerdo con las instituciones históricas vigentes); otros querrían entregarse a una fe puramente naturalística y filantrópica, a una fe utilitaria, aunque quizá basada en valores reales de la fe auténtica: los de la caridad, erigiéndola en culto del hombre y descuidando su valor primero, el del amor y culto de Dios; otros, finalmente, llevados por una cierta desconfianza frente a las exigencias dogmáticas de la fe, con el pretexto del pluralismo que permite estudiar las inagotables riquezas de las verdades divinas y expresarlas con lenguaje y mentalidades diversas, querrían legitimar expresiones ambiguas e inciertas de la fe, contentarse con su búsqueda para evitar su afirmación, preguntar a la opinión de los

*"fieles que es lo que quieren creer, atribuyéndoles un discutible ca-
"risma de competencia y de experiencia que pone la verdad de la fe
"en peligro de ser víctima de las arbitrariedades más extrañas y más
"volubles.*

*»Todo esto sucede cuando no se acepta el magisterio de la Iglesia
"con el que el Señor ha querido proteger las verdades de la fe (cfr.
"Hebr., 13, 7. 9, 17).»*

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del 20 de mayo de 1970 (texto italiano en *L'Osservatore Romano* del 21 de mayo; texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.493, del 30 de mayo).

Actualidad y eficacia del ejemplo de San Agustín: su amor apasionado por la verdad y su fidelidad al dogma.

*«En esto lo sorprendente es la actualidad y la eficacia del ejemplo
"de San Agustín.»*

*«El ha amado apasionadamente la verdad, y no se ha cansado de
"investigar el contenido de la fe y de cultivarla como ciencia. Es
"suyo el lema «ama mucho al entendimiento» (Ep., 120, 13; PL, 33,
"459); suya la noción de la teología como ciencia, por la cual la fe
"salubérrima, que conduce a la verdadera bienaventuranza, se pro-
"duce, se defiende, se alimenta, se robustece (De Trin., 14, 1, 3; PL,
"42, 1.037). Pero nadie mejor que él ha sabido inclinarse ante las
"alturas del misterio, prefiriendo la fiel ignorancia a la temeraria
"ciencia (Serm., 27, 4; PL, 38, 179), es decir, a la ciencia que, aban-
"donada la guía de la fe, se confía a la sola investigación de la razón.*

*»El conoció todos los recursos de la cultura filosófica y literaria
"de su tiempo; pero sintió un amor apasionado por los Libros Santos
"que él meditó y explicó con incomparable sentido de amor. Bíblica
"fue su teología, como también bíblico fue su lenguaje.*

*»En la especulación teológica alcanzó cimas no fácilmente accesi-
"bles; pero el autor del tratado De Trinitate ama también el carácter
"concreto de la historia y quiere también que la exposición de la doc-
"trina cristiana se haga en el marco de la historia de la salvación
" (De Catequizandis Rudibus, 3, 6; 7, 11; PL, 40, 313; 317).»*

*«Al igual que todos los Padres, también él sintió viva la exigencia
"de profundizar el mensaje evangélico, de adaptarlo a la mentalidad*

"de sus contemporáneos y de manifestarlo con un lenguaje adecuado;
"pero nadie mejor que él ha enseñado y practicado la fidelidad al
"sentido tradicional del dogma. «Los filósofos hablan —escribe el
"doctor de Hipona en el tratado De Civitate Dei— con palabras li-
"bres y no les preocupa ofender a los oídos religiosos en asuntos di-
"fíciles de entender. Nosotros, en cambio, tenemos necesidad de
"hablar según una regla cierta a fin de que la licencia de las palabras
"no cree una opinión impía sobre las cosas que quieren significar»
"(10, 23; PL, 41, 300).»

PAULO VI: Alocución en la inauguración del Instituto Patristico "Augustinianum" del 4 de mayo de 1970 (texto italiano en *L'Osservatore Romano* del 6 de mayo; texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.496, del 20 de junio).

No deben disociarse los estudios de la Teología y la Filosofía y seguir al príncipe y maestro Santo Tomás de Aquino.

«... no han de ser disociados los altos estudios, especialmente de filosofía y teología, a los cuales, por prescripción de vuestra Orden, es necesario que viváis entregados con toda diligencia, fundándoos bien en los rectos principios y en la fe ortodoxa. Para esto seguid al príncipe y maestro Santo Tomás de Aquino, cuya doctrina todavía constituye el patrimonio de toda la Iglesia y de los hombres actuales, a cuyas mentes puede llegar de forma saludable y útil.»

PAULO VI: Carta al Maestro General de la Orden de los Hermanos Predicadores Aniceto Fernández (texto latino en *L'Osservatore Romano* del 31 de mayo de 1970, texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.497, del 27 de junio).